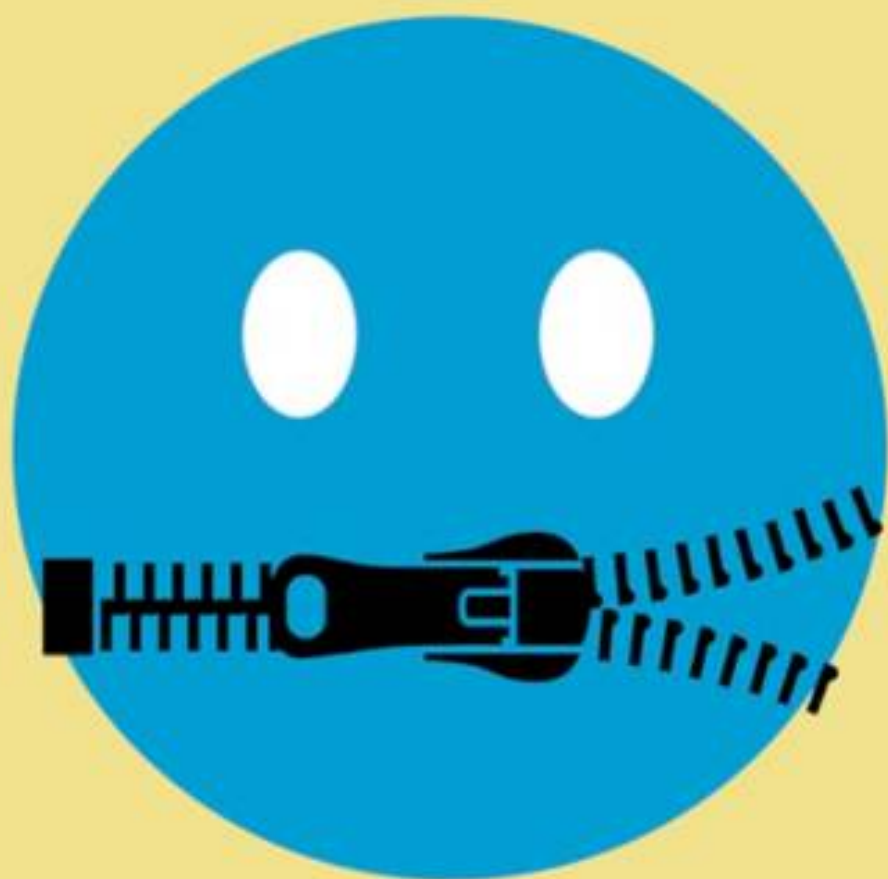


Darío Villanueva

MORDERSE LA LENGUA

Corrección política
y posverdad



En nuestra globalizada «sociedad de la información» se ha instalado la desinformación de la mano de dos fenómenos sintomáticos de nuestro tiempo: la corrección política y la posverdad, manifestaciones contemporáneas de la quiebra de la racionalidad y la estupidez. Ambas impregnan y perverten el discurso de políticos, medios de comunicación y redes sociales, afectando las relaciones personales y profesionales e incluso la creación, la investigación y las expresiones artísticas.

¿Debemos mordernos la lengua y tragar? Conozcamos cómo funcionan estos nuevos fundamentalismos para evitar que nos manipulen.

Índice de contenido

Cubierta

Morderse la lengua

Preámbulo. Quien avisa...

- Lenguaje y lenguas
- Tecnologías de la palabra
- Palabras injustas
- Maquiavelismos
- Elogio de la necedad
- El rey desnudo
- Cancelación

La corrección política

- Corrección política y tolerancia represiva
- Tabú y eufemismo
- Spacios seguros
- Sentimentalismo tóxico
- Sociedad civil y gobierno
- Constituciones
- Pro y contra la corrección política

Cómo nos mordemos la lengua

- Academias, ortografías, gramáticas, diccionarios
- Feminización lingüística
- Corrección política y diccionarios
- La censura del diccionario
- El sexismo en el lenguaje
- El género gramatical no marcado
- Planificación lingüística
- Constituciones ¿en masculino?

La posverdad

- Verdad y filosofía
- Vocabulario de la mentira posmoderna
- Trump
- Nuestra posverdad
- Industrias de la mentira
- Posverdad, medios y tecnología
- Televisión y posverdad
- Posverdad y psicología social

Bulos y patrañas. el apocalipsis de la realidad

- Reagan
- El arte de mentir agradablemente
- Italia. radio y audiovisión
- Posverdades nuestras
- El proceso de la posverdad
- Patrañas históricas y culturales
- Apocalipsis y milenarismo
- Verdad y tecnologías

La galaxia post. (pos)modernidad líquida y poshumanismo. racionalidad y emocionalidad. poslengua

- Pensamiento débil>
- Galaxia post
- Deconstrucción
- Modernidad líquida e inteligencia emocional
- Poshumanismo
- Pensamientos fuertes
- Posdemocracia. poslengua

La verdad de las distopías

- Las sociedades distópicas
- Posverdad y corrección política distópicas
- Neopuritanismo y revisionismo
- Neolengua
- Doblepensar y posverdad

Contra el infoapocalipsis

Epílogo... no es traidor

Eferencias bibliográficas

Censura

Corrección política

Deconstrucción

Distopía

Falsedad

Feminismo

Género y sexo

Historia cultural

Identidad

Ilustración

Inteligencia emocional

Lenguaje y poder

Lexicografía y diccionarios

Lingüística

Marxismo y posmodernismo

Medios y tecnologías

Mentira

Modernidad líquida

Multiculturalismo

Necedad (imbecilidad, estupidez)

Patrañas, bulos y propaganda

Política y sociedad

Populismo

Posdemocracia

Poshumanismo

Posmodernismo

Posverdad

Racionalismo

Realismo

Relativismo epistemológico

Sentido común

Sentimentalismo y sesgos
Sexismo lingüístico
Verdad

Sobre el autor

Notas

Para Ion y su primo Darío

PREÁMBULO QUIEN AVISA...

Todos los idiomas, amén de un número muy elevado de palabras, poseen un repertorio más o menos amplio de frases hechas; de locuciones verbales, paremias, dichos, adagios, refranes, facecias, proverbios o consejas en los que se decanta, gracias al transcurso de los años o de los siglos, la sabiduría del pueblo creador y dueño de su lengua. En la mayoría de los casos, no nos consta el origen de esas expresiones acuñadas del saber popular; no podemos atribuir al ingenio de un hablante en concreto el hallazgo de la fórmula expresiva consagrada en el tiempo por el consenso de toda la comunidad. Son, por el contrario, creaciones mostrencas, a la vez que generalizadamente reconocidas como sabias y certeras.

He buscado una de esas frases hechas para dar título a este libro que trata de dos asuntos en los que, como no podía ser de otro modo, se implican lengua y sociedad: la llamada corrección política y la posverdad.

En efecto, en nuestro idioma *morderse la lengua* significa, según el diccionario académico, «contenerse en hablar, callando con alguna violencia lo que quisiera decir». Lo mismo también se puede expresar con «atarse la lengua»; en Cuba, sujetarse o tragarse la lengua. Tal autocontrol es difícil para los que tienen la lengua larga o muy larga, son ligeros de lengua o simplemente tienen mucha lengua, le dan mucho a la lengua o, no digamos, echan sin tasa la lengua al aire e incurren en el vicio de irse de la lengua, de de-

jar que se les escape la lengua. Como consecuencia, no es imposible que los tales lenguaraces tengan en algún momento que meterse la lengua en el culo. Es decir (más finamente): morderse la lengua.

No solo los hispanohablantes pasamos por ese trance de mordernos la lengua, sino que es servidumbre compartida en otros pagos. En inglés *to bite one's tongue* (o también *one's lips*) significa igualmente dejar de decir algo, incluso parando en seco, cuando te das cuenta de que sería una declaración inconveniente. Para los franceses, existe asimismo *se mordre la langue*, para los italianos *mordersi la lingua* y sobre todo en el portugués de Brasil se da con el mismo significado *morder a lingua* (en Portugal es preferida la expresión *meter-se em copas*). Tampoco es ajena la expresión a la lengua china, según mis informantes nativos, como el modismo culto *labios*, además de la obligada mención a la lengua.

Pero si esta locución no solo española sirve, creo que muy cabalmente, para describir la exigencia fundamental de lo que en inglés se ha dado en llamar *political correctness*, la «corrección política», la *post-truth* de los anglosajones, nuestra «posverdad», nos suscita inmediatamente el recuerdo de otra de nuestras acuñaciones populares: *comulgar con ruedas de molino*. O simplemente, en registro coloquial, *tragar*.

En la misma onda, he escogido para encabezar este preámbulo la primera parte de un refrán castellano: *Quien avisa no es traidor*. Y dejo para el último capítulo, que consistirá en un epílogo documental, el cierre de la expresión. Por supuesto que recurro a esta sugerencia paremiológica de precaución en un sentido figurado, muy lejos de advertir con ella al discreto lector de que se atenga a las consecuencias si no sigue mis dictados. Soy yo el que honradamente quiero de tal guisa advertirle de algunos extremos en lo referente a la redacción de mi libro para que no se dé a engaño, ni tan siquiera a sorpresa, al leerlo.

El refrán mencionado tiene también otra variante, probablemente más utilizada: *El que avisa no es traidor*. La referencia en ambos casos es la misma: advierte a toda persona de la precaución que comentábamos. Pero hay un matiz lingüístico (gramatical) que viene al caso. El que avisa es quien avisa, hombre o mujer. Por el contrario, si el enunciado fuese *La que avisa no es traidora*, los hispanohablantes entenderíamos que exclusivamente quien nos advierte para no traicionarnos es del sexo femenino. Tiene ello que ver, como en su momento comentaremos, con la naturaleza de la gramática no solo de nuestra lengua, sino de muchas otras, entre ellas todas las neolatinas: me refiero al carácter inclusivo del género gramatical masculino. Asunto que trae cola en el escenario actual de la corrección política. Y puesto a elegir, dado que el paradigma del castellano me ofrece dos opciones para expresar lo que quiero en el título de este preámbulo y del anunciado epílogo, opto, en ejercicio de mi soberana libertad de hispanohablante, por *Quien avisa no es traidor*.

Mi aviso va en el sentido de que el que escribe es un profesor de Filología, al que además en un momento determinado de su vida se le abrió un paréntesis académico (en la RAE). No quiero, pues, ocultar esta información, aunque pueda resultar disuasoria para algunos posibles lectores. Obviamente, los dos temas de que trataremos, que poseen marcada índole política, no son ajenos a la lengua, a la semántica (lo que las palabras significan) y a la pragmática (la relación entre las palabras y los que las usan en circunstancias concretas para entenderse entre sí). La corrección política suscita de suyo el recuerdo de procedimientos lingüísticos comunes como el eufemismo o el circunloquio, y la posverdad atenta contra ese principio básico del contrato implícito que se da entre el que habla y el que escucha: la veredicción (la verdad de lo que se dice). Nada sorprendente, por otra parte, pues lengua y sociedad van de la mano, la una no puede existir sin la otra, y en el comer-

cio o contubernio entre ellas tiene lugar la política. En su momento tendré que recurrir inevitablemente a la autoridad de Aristóteles, que tanto como en sus tratados de *Poética* y de *Retórica* se ocupa del lenguaje en otra de sus obras fundacionales titulada precisamente *Política*.

Uno de los autores que nos será de utilidad a la hora de tratar sobre la posverdad, Christian Salmon (2007), reconocía en su libro que a los universitarios siempre nos encandila la posibilidad de que nuestras pesquisas salgan de los polvorientos repertorios bibliográficos para aplicarse a la realidad social, y eso es lo que ocurre tanto con el asunto antes indicado como con el no menos actual de la corrección política, que hoy por hoy está en boca de todos. Pero semejante logro gratificante para el investigador lleva en su seno algún que otro riesgo, como reconocía en 2012 Fernando Vallespín en otra obra que viene a cuento, titulada muy expresivamente *La mentira os hará libres*. Se refería a que en ese salto circense desde una escritura exclusivamente académica a otra dirigida a «un público culto general», pelagra la vida del trapecista, que puede precipitarse entre los escollos de la pedantería (Escila) y la pesadez estomagante (Caribdis), para tortura del lector ahído de citas y notas a pie de página.

Pero tampoco se puede incurrir en un vicio muy común en nuestra época de liquidez posmoderna, cual es el adanismo: actuar como si no hubiese habido nunca nada antes de nosotros. Y a buena fe que sobre posverdad y corrección política —y temas conexos— han corrido —y lo seguirán haciendo— ríos de tinta. Aquel vicio adámico por una parte puede llevarnos a que descubramos continuamente mediterráneos ya sobradamente conocidos, pero también hacernos correr el serio peligro de un fraude: apropiarse de los hallazgos y reflexiones de otro sin reconocerlo. Aviso, pues, que quiero desde ya dejar constancia de todas las deudas informativas y conceptuales que he contraído para poder escribir *Morderse la lengua*, pero que pretendo ha-

cerlo del modo que se me imagina más sutil, sin desesperar a mis lectores. Para ello este preámbulo que avisa remite al epílogo documental concebido por mí para no ser traidor mediante el expediente de ordenar en sucesivos apartados temáticos las referencias bibliográficas de las fuentes en las que me he basado. Mientras tanto, como he comenzado ya a practicar, el nombre del autor y, entre paréntesis, el año de la primera edición de su obra en lengua original hará identificable mi deuda.

Se da, por otra parte, una circunstancia excepcional. Esto es, poco común, que estimula más si cabe la osadía de un universitario para ocuparse ante un público amplio de estos dos grandes asuntos. Me refiero a que es unánimemente reconocido por todos los que se han interesado por la corrección política que su origen estuvo en los campus norteamericanos a partir de los años ochenta del pasado siglo. Desde ellos, descritos de manera implacable por el historiador Alfredo Jocelyn-Holt en el diario chileno *La Tercera* (el 31 de agosto de 2019) como lugares doctos pero desde aquel entonces asediados por un sectarismo puritano procedente, sobre todo, de departamentos de Humanidades en franca decadencia, la corrección política se ha extendido a modo de un virus implacable al conjunto de la sociedad dentro y fuera de los Estados Unidos, inficionando la información, las relaciones personales y profesionales, la creación y las expresiones artísticas incluso.

Pero soy de la idea, y en este libro procuraré justificarla, de que la posverdad tampoco es ajena a esa influencia, bastante insólita y poco común por otra parte, de la universidad. Ciertamente que el presidente Donald Trump se convirtió en el catalizador ecuménico de la *post-truth*, de la que oficiaba como sumo sacerdote gracias a la catarata diaria de sus tuits y de sus declaraciones públicas en las que, desde su toma de posesión en enero de 2017, los rastreadores de mentiras políticas han llegado ya a atribuirle más de diez mil. Pero no puedo por menos que relacionar ese despre-

cio absoluto hacia la veracidad de los enunciados con el asombroso triunfo intelectual de la llamada «French Theory», que François Cusset (2003) ha estudiado detalladamente en su libro sobre las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos.

Yo también soy de la creencia de que la llamada *deconstrucción* de Jacques Derrida y las teorías de Foucault, Deleuze & Cia. —como los llama Cusset— son responsables del auge de la posverdad, pues los gurús franceses del «pensamiento débil» destruyeron la solvencia del lenguaje en cuanto portador de sentidos, caricaturizándolo como una algarabía de ecos, un discurso *contado por un idiota, lleno de ruido y furia, y que no significa nada* («told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing»), en palabras del *Macbeth* de William Shakespeare (no de Jacques Derrida).

No me cabe duda, tampoco, de que posverdad y corrección política representan otros tantos síntomas de época, y que deben ser estudiadas y comprendidas a la luz de los nuevos tiempos que desde el tránsito entre los dos milenios han dado lugar a una nueva sociedad globalizada de la información y la comunicación, resultante de una profunda transformación debida sobre todo al desarrollo de la tecnología digital: la galaxia Internet. Tendremos, en consecuencia, que dedicar al menos un capítulo del presente libro a la relación de todo ello con la llamada posmodernidad. Pero he de avisar, asimismo, de que junto a fuentes filosóficas, sociológicas, políticas o históricas —no exclusivamente por inclinación «profesional» de filólogo estudioso de la literatura sino por el convencimiento profundo de su pertinencia—, recurriré *cum grano salis* a la ayuda que ficciones novelísticas de diversa procedencia me puedan prestar para comprender lo que nos está pasando. Concibo la novela como juego lingüístico y literario, pero también como revelación imaginativa de la realidad pasada, presente o por venir. En este sentido, dedicaré un capítulo a la

verdad de las distopías, porque autores como Zamiatin, Huxley, Orwell, Nabokov o Bradbury, escribiendo entre los años veinte y cincuenta del siglo XX, adelantaron fenómenos que caracterizan nuestras sociedades de hoy en día, entre ellos, precisamente, la corrección política y la posverdad.

Aparte del adanismo que ya he denunciado como uno de los riesgos y fracasos de mi empresa actual si no reconociera lo mucho que se ha escrito ya sobre estos dos asuntos, también sería otra expresión de lo propio pensar que estamos ante hechos absolutamente novedosos, fruto de la más radical posmodernidad. Tengo por ello presente el muy citado versículo del *Eclesiastés*, el *Kohelet* hebreo que nuestros judíos de Ferrara tradujeron de manera espléndida: *Y no nada nuevo debaxo del sol*. No, no son novedades en modo alguno ni lo que ahora hemos dado en denominar posverdad ni la corrección política.

LENGUAJE Y LENGUAS

Los paleontólogos de Atapuerca certifican que, de acuerdo con la información aportada por los fósiles del yacimiento burgalés, los humanos que allí residieron eran ya capaces de hablar hace medio millón de años. Sus hioides —los huesos situados en la base de la lengua y encima de la laringe— eran ya muy distintos a los de los chimpancés, y su evolución posibilitaba, junto a otros elementos anatómicos relacionados con la fonación, articular los sonidos en modulaciones muy amplias que, asociadas al significado, darían paso a la comunicación interpersonal entre los individuos.

Aunque con frecuencia usemos ambas palabras como sinónimas, cabe atribuir significados diferentes a *lenguaje* y *lengua*, tal y como el fundador de la lingüística moderna,

Ferdinand de Saussure, formuló en su *Cours de linguistique générale* publicado póstumamente en 1916.

Para el lingüista ginebrino, el *lenguaje* se apoya en una facultad que nos da la naturaleza, mientras que la lengua es cosa adquirida y convencional. Se trata, pues, de esa dotación genética que todos los humanos poseen en virtud de su anatomía y configuración neuronal. De hecho, no se ha encontrado nunca una comunidad humana, por primitiva y remota que fuese, cuyos individuos no se sirviesen de aquella competencia lingüística para comunicarse entre ellos. Otra cosa ocurre en el caso de los llamados «niños bravíos» o «selváticos» —el más famoso de todos, Victor de l’Aveyron, hallado en los bosques del Languedoc en 1799 y cumplidamente estudiado por el doctor Jean Itard—, que aparecen desprovistos del habla por haber permanecido aislados de los humanos los primeros años de su vida. Porque para que el fenómeno de la realización lingüística lleve a producirse en plenitud es imprescindible la existencia de la *lengua*, un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos. La *lengua* existe en virtud de una especie de contrato implícitamente suscrito entre los miembros de una determinada comunidad. A este respecto, es igualmente muy famoso el caso de las gemelas californianas Grace y Virginia Kennedy, que hasta los ocho años utilizaron una lengua privada, convenida entre ellas, en la que sus respectivos nombres eran Poto y Cabenga, como resultado del aislamiento a que su familia las había sometido, con los padres ausentes y la única atención adulta de su abuela materna, que no hablaba inglés.

Mas ese sistema de expresiones compartidas acordado por un grupo humano implica una tercera dimensión no menos importante. Y es aquí donde la equivalencia natural entre los términos mencionados del francés y el español (*langage/lenguaje, langue/lengua*) tuvo que ser sustituida